PABLO ARTURO SUAREZ: LA EPOCA Y EL PENSAMIENTO

Alexei Páez

Es cosa por todos sabida la relación que existe entre las épocas históricas y los tipos de pensamiento que se desarrollan en ellas: Toda creación intelectual (que puede implicar o interpretar realidades o explicitar problemas antes no percibidos) está íntimamente relacionado con aquello que Isaac Deutscher llamaba "el clima moral y psicológico de la época". Por ello se hace imprescindible el tratar de ubicar el pensamiento médico-social de Pablo Arturo Suárez enmarcado en lo que eran las corrientes científicas e ideológicas más importantes de la época, de la cual es tanto tributario como creador.

Podemos imaginar al niño Pablo Arturo Suárez recibiendo conmocionado las noticias del triunfo de la Revolución Liberal de 1895; en verdad este movimiento es imprescindible el momento de tratar de abordar la historia nacional, la historia de las ideas en el siglo XX. El triunfo de la fracción más radical del liberalismo significó el desplazamiento de los sectores terratenientes serranos del poder estatal, el impulso de un proyecto económico integrador al mercado mundial, empujado por las dinámicas fracciones agroexportadoras guayaquileñas de cacao.

Si bien el cacao había sido el elemento de exportación fundamental a lo largo de todo el siglo XIX, la importancia política de los agroexportadores no se había visto relacionada con el poder económico real que manejaban. A fines del siglo XIX el liberalismo radical expresará la voluntad de ciertas transformaciones sociales propugnadas por estos sectores, transformaciones que implicaban apertura al mercado externo, librecambismo, ruptura de los lazos sociales tradicionales que ataban a la mano de obra a la hacienda serrana, posibilitando por tanto la migración hacia la costa y el crecimiento exponencial de los centros urbanos de Quito y Guayaquil para la época.

Al producirse esta expansión institucional producto de la Revolución Liberal, aparecen nuevos sectores socia-

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

les en las distintas regiones del país. La integración misma del espacio geográfico nacional sería impulsada por el gobierno liberal y por el alfarismo mediante la conclusión del ferrocarril Guayaquil - Quito, lo que por fin permitía comunicación constante, tráfico creciente de mercancías y pasajeros entre las dos regiones.

En la actual Historia Social que se viene desarrollando, uno de los puntos fundamentales a ser tomados en cuenta para entender la conformación del país es el problema regional, cuyas manifestaciones impregnan al Estado ecuatoriano hasta nuestros días. Para 1910 apenas había empezado a desarrollarse una estructura de integración de las diversas regiones del país, la sociedad nacional empezaba a vislumbrarse como posible, más allá de la simple sumatoria de las sociedades regionales: la nación ecuatoriana —o el proyecto de nación ecuatoriana— pasa a ser un objetivo a ser construido, un tema fundamental de la discusión política, ideológica, estatal, e incluso científica, como veremos posteriormente.

Pero los fenómenos de expansión institucional del Estado Liberal, los efectos de la legislación post-95, el crecimiento de la exportación cacaotera, el desarrollo intensivo de las urbes de Quito y Guayaquil (más esta última que la primera) perfilan, como ya habíamos dicho, nuevos factores sociales y políticos: un proceso de industrialización incipiente en el área de los servicios y pequeñas fábricas de calzado, curtiembres, cerveza, alimentos perfilan el aparecimiento difuso e incipiente de la clase obrera en Guayaquil. En Quito también se asiste a un proceso de transformación social, baste recordar la fundación de la fábrica textil La Internacional en los veintes tempranos, y posteriormente muchas otras fábricas textiles en la misma zona.

En buenas cuentas, aparecen nuevos problemas en todos los aspectos: emerge un grupo social con reivindicaciones particulares exigiendo mejora de salarios y de condiciones de trabajo, este último tema fundamental para la medicina social.

Si hasta fines del siglo XX se había planteado el problema de las condiciones de salud de las clases trabajadoras como un problema de beneficencia y asistencia filantrópica —por parte de la Iglesia y del Estado— o como un problema de Asociación voluntaria por parte de las organizaciones gremiales, artesanales, desde principios de los años diez empieza a ser percibido crecientemente como un problema social, resultado de condiciones de hacinamiento, condiciones de trabajo abrumadoras, utilización de trabajo infantil, etc. A estos problemas se asociaba un impresionante nivel de alcoholismo, si juzgamos a la luz de los manifiestos de las asociaciones y gremios artesanales de la época.

Cabe anotar que en estos años se desarrollan las primeras huelgas, cuyos objetivos fundamentales por lo general apuntan hacia la mejora de las condiciones de trabajo, alimentación y salarios de los trabajadores. Empieza a ingresar el ideario socialista en su variante anarquista dentro de las organi-

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

zaciones artesanales, que poco a poco van transformándose de gremios de ayuda mutua en sindicatos de acción social y política, reivindicativa y de protesta: se asiste, entonces, a los principios de expresión de nuevos grupos sociales en protesta contra condiciones de sobreexplotación y dominación.

El proceso de transformación urbana trae al orden del día otros problemas de salubridad, tales como la organización de sistemas de alcantarillado y sistemas de medicina preventiva, tareas que aún a principios de los treintas no estaban resueltas, al menos en el caso de Guayaquil. La insurrección de los nuevos actores sociales es explícita en la histórica huelga de noviembre de 1922, donde son masacrados alrededor de 1.500 manifestantes en Guayaquil; otros actores sociales viejos renuevan sus actividades de cuestionamiento en otras áreas: nos referimos a un movimiento indígena que empieza a causar estragos en la tradicional dominación hacendataria serrana, a plantear sus reivindicaciones, fundamentalmente la del acceso comunitario a la tierra, tema que hasta los sesentas no tendría visos de respuesta institucional.

Cabe anotar, por otra parte, que el liberalismo alfarista había perecido en la hoguera bárbara de enero de 1912, y que para la etapa de 1912-1925 será la plutocracia comercial-bancaria-agroexportadora la que gobierna el país. En 1917 empieza una crisis del cacao que se agudiza en 1922 y mina las bases de la dominación plutocrática. En 1925 un golpe de estado dirigido por militares jóvenes de tendencia socialista reorganiza el Estado e impulsa un proyecto de actualización institucional y *modernización social*: en este contexto ingresa nuestro homenajeado en la práctica de la medicina social, primero como jefe de Sanidad y luego en otras actividades, académicas e institucionales.

En efecto, uno de los postulados de la Revolución Juliana era, precisamente, "la atención a las necesidades del proletariado", y, más a largo plazo, la organización de un cuerpo legal de legislación sobre el trabajo y la conformación de un sistema de seguridad social, cosa que se implementaría en sus primeras etapas en 1938. Pero es la movilización constante de los sectores subalternos la que empuja este proceso. Se constituyen también nuevos organismos políticos que expresan las demandas de las clases trabajadoras: el PSE es fundado en mayo de 1926, la organización obrera e indígena es impulsada por este partido.

Se debe recordar que para 1920-1930 existe una intelectualidad de clase media vinculada al proyecto liberador socialista: el tema de la constitución de lo nacional, que ya habíamos señalado previamente, salta al escenario. Se conoce la época de oro de la Gran Literatura de los Treinta; la pintura, la literatura, el ensayo, tratan de descubrir el sentido de lo nacional, y un proyecto posible para integrar al país, para unir a la diversidad regional, la multiplicidad étnica y cultural, y la intelectualidad descubre en el movimiento obrero a un actor esencial de las transformaciones que requería el país.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Las élites dominantes, por su parte, habían construido una imagen del país, un "país ideal", a espaldas del país real: negaban, por ejemplo, la importancia de lo indígena en cualquier proyecto de construcción nacional que tuviese sentido. Una cultura oficial había dado la espalda a más de la mitad de población, y no sólo eso, sino que había construido una suerte de sistema de castas: no en vano hasta hoy el insulto nacional es "indio de mierda". Así, la ideología de la dominación trataba de imponer sus valores y destruir una cultura milenaria en nombre de la modernización. Luis Felipe Borja, la Sociedad Nacional de Agricultura, la Iglesia por boca de Monseñor González Suárez, todos los actores políticos y sociales relevantes en el grupo dominante coincidieron en esta apreciación.

Y aquí aparece otra fase de la obra de Pablo Arturo Suárez: el primer intento sistemático de conocer la realidad alimentaria de la población indígena, de entregar datos relevantes y con valor científico y las élites políticas habían mantenido un rechazo y una negación constantes.

Estos trabajos se complementan con el abordaje que hace Suárez de la alimentación del obrero (1930-39), de la composición de la dieta popular, a más de trabajos de índole más ligada a la *investigación experimental y otros*. En Suárez se manifiesta la vocación nacional, la búsqueda de la realidad y destaca la visión social que impulsa: los problemas de salud lo strata a nivel macro, es decir referidos a grandes grupos sociales, tales como los obreros o los indígenas de Otavalo.

Por supuesto Suárez responde a su tiempo, no puede salir de las determinaciones que su cultura y formación le imponen. Es uno de los pioneros en el acercamiento a la realidad *indígena*, junto con Pío Jaramillo Alvarado y Jorge Icaza en otras áreas, pero lo hace desde una posición de externalidad, desde fuera de la cultura indígena, lo que marca una carga ideológica reconocible en su obra, carga que de ninguna manera desacredita el gran trabajo científico que realizó, pero que debe ser señalado en este evento.

Por ejemplo, descubrimos en su libro "Contribución al estudio de la alimentación y nutrición del indio de Otavalo", impreso en 1943, una serie de apreciaciones que bien pueden ser atribuidas al hecho de que Suárez es un personaje progresista, modernizador, impregnado de su experiencia en Europa; no es extraño, entonces reconocer tonos xenofóbicos y etnocentristas en determinados análisis que hace de lo indígena, como en la siguiente cita, en la que comparte la ideología generalizada entre las élites modernizantes, tradicionales y contestatarias:

> "La conformidad indolente del indio con su situación, que simula una adaptación de la voluntad al ambiente y por tanto un equilibrio espiritual, es un acto reflejo animal, más que un acto volitivo humano" (p. 38).

También atribuye a la "vagancia" del indio la situación de pobreza y subalimentación que tiene, y considera ne-

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

cesario integrarlo a la producción, mediante medidas que "acabarían con su ociosidad" (p. 42). Así, es percibida como un freno a la modernización, a la expansión del mercado nacional y la construcción de la nación indígena.

Pero es que el acercamiento y la comprensión de otra cultura es un proceso más bien reciente, que data apenas de la presente década en las ciencias sociales del país; no podemos pedir a un actor de los treinta que comparta nueva visión de respeto a la pluralidad étnica y cultural como posibilidad y base de construcción de lo nacional. Por otra parte esta visión se manifiesta también en Jorge Icaza, quien en su clásico "Huasipungo" nos plantea la visión de una raza de subhombres humillados y vencidos, visión que no se compadece en absoluto con la que tenemos hoy: quinientos años de resistencia y dignidad a pesar de la opresión, la dominación, la subalimentación.

Así pues, en los treintas —que es cuando la mayor cantidad de la obra de Pablo Arturo Suárez se realiza— encontramos una intelectualidad que aunque no puede separarse de ciertas visiones tradicionales acerca de lo indígena, empieza a abrir trocha en el camino que busca al otro como sujeto social, no como mero objeto, en el camino de la recuperación de una identidad fragmentada por lo regional, lo étnico y lo social. En la búsqueda de las condiciones de la conformación de una sociedad más sensata y nueva, generando —por ejemplo— una legislación de trabajo progresista, articulando un sistema de Seguridad Social acorde a las experiencias contemporáneas en Latinoamérica, conocidas por Suárez en su viaje por Argentina y Chile.

Nuevos actores sociales, nuevos problemas sociales, nuevas respuestas sociales: la obra de Pablo Arturo Suárez debe ser inscrita en el contexto de la búsqueda de lo nacional, del aparecimiento del socialismo en el país, de una óptica extremadamente rica, cuya realización aún se encuentra inconclusa, cuando constatamos las condiciones de vida populares con tendencia a la *degradación*, el hacinamiento potenciado en los barrios marginales, la subalimentación campeando por todo el país, cuando descubrimos que aún no se cierra ni la brecha regional, ni la brecha étnica ni la brecha social.

Pero la actitud más coherente, y de la que Pablo Arturo Suárez da cuenta de manera casi paradigmática, es la búsqueda, el trabajo científico consciente, destinado a la transformación, la acción social igualmente consciente para transformar una realidad que para negar se debe primero conocer: una lección de trabajo responsable, riguroso y comprometido.

En verdad Pablo Arturo Suárez debe ser ubicado en el sitial que le corresponde, como el puntal de la concepción social de la medicina ecuatoriana moderna, como el *transformador e investigador* de primera línea que fue; como miembro de su generación, coherente con ella y con su momento histórico. Ese es el mejor homenaje que se le puede hacer.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"